

FR. GERUNDIO.



LOS DELIRIOS DE FR. GERUNDIO.



¡Cuánto yo he delirado en estos pocos días de enfermedad (i)! Si toda cabeza atacada de una fuerte fiebre ó sea calentura, delira á ratos, ¿cuánto no habrá desatinado esta mi imaginacion en sus delirios? ¡La imaginacion de Fr. Gerundio delirando, señores!!! Creo que no habrá mas que decir. Yo he delirado mas que un poeta, mas que un enamorado, mas que una muger celosa, mas que un ministro! ¿Y sobre qué os parece, leyentes

(i) Habia estado realmente enferma mi reverendísima humanidad unos días, y Tirabeque escribia dictando desde la cama.

mios muy amados, que habrán versado todos mis delirios?

Suponed que mi diversion, como la de todo enfermo en los ratos que está solo y despierto, era contar y recontar las vigas del techo de la celda. Casualidad del diablo parece que el techo de la celda de Fr. Gerundio esté sostenido por tantas vigas como años llevamos de guerra, y que las tapa-juntas sean justamente tantas como ministros hemos mudado los mismos cuatro años: basta una que está casi toda embutida en la pared me representaba al señor Ulloa, que con todos sus cuatro ministerios, ni bien es ministro ni bien deja de serlo: hay algunas de ellas carcomidas y decía yo para entre mí: *estos son los de ahora*. Y como una caía justamente sobre mi cabeza, tenía que bajar muchas veces los párpados, porque decía: *vieja ó no vieja, si me cae un poco de carcoma sobre los ojos, y me ciega, nadie me restituye la vista*.

En estas ideas y reflexiones me solia coger el crecimiento; con eso ¿qué habia de suceder? Deliraba sobre los ministros y la guerra, sobre las vigas y sobre la carcoma; y las mezclaba con otras ideas estrañas, raras é inconexas; cuyo conjunto constitua lo que se llama un delirio. «Aquí están, aquí están: albricias, albricias, gritaba una vez desahogado y loco; aquí los tengo agarrados; alguna vez se habia de encontrar lo que se buscaba.» Señor, ¿qué es lo que tiene V. agarra-

do que tan contento le pone? me preguntó entonces Tirabeque (según él me ha contado después)— Los seis ministros buenos, por que hemos estado clamando siempre.— Señor, por Dios, me dijo; V. delira; si son seis sanguijuelas que tiene V. agarradas al pecho; únicas que no han acabado de llenarse: aún me parece que algunas se habían desprendido ya llenas, y después de haberse vaciado, volvieron á picar otra vez. ¡Jesus cómo está V. de sangre! ¡Válgame Dios! Déjame, que soy la España enferma; échame cien docenas de sanguijuelas, hasta que no me dejen una gota de sangre, y verás que buena y que robusta me pongo. Que me den una sangría extraordinaria de guerra al instante, y pongan todos mis miembros en administración, y que los administradores de cada miembro sean dos docenas de sanguijuelas bien hambrientas: que no intervenga ningún médico del mundo, que para darme la salud basto yo sola con mis sanguijuelas y mis sangrias.

Yo me palpaba, y me sentía empapado en sangre; y la debilidad y el delirio me volvian á persuadir que yo era la España, y que según me iba desangrando, me iba robusteciendo: pero el resultado es que me iba quedando... quedando... quedando... exangüe y sin vida; y dice Tirabeque que gritaba entonces athorozado: «ahora si que me estoy salvando.» ¡Oh! bien conocía yo en mi sueño-delirio que para salvarse es preciso morirse antes! Y dice Tirabeque que me decía; señor, si no es V. la

España, que es V. Fr. Gerundio; ¿quiere V. que venga un médico? ¿Cómo ha de sanar V. sin el auxilio y cooperación de un médico? Y que le respondía yo: «como Fr. Gerundio, que venga: como España que soy, no me nombres auxilio de nadie, ó te pego un cachete que te estrello; para morir desangrada no necesito médico, ni su auxilio ó intervencion; yo si he de sanar, ha de ser quedándome sin sangre y sin quilo.» Y soñé que habiéndome propuesto otra vez Tirabeque el auxilio de un médico estrangero muy afamado, le fui á tirar un cachete con la rabia de las ansias de la muerte, y ya no pude mover el brazo, y entonces dije: ahora si que me voy poniendo buena.

Y me acuerdo que soñé que estaba dando ya las bocadas; y al verme así tan mal parada decia un personaje que estaba junto á mí: «no hay remedio; la España se muere si no se reclama al instante el auxilio de un médico estrangero que la tome de su cuenta, y la aplique unos fomentos de cooperación directa y activa; porque está visto que los facultativos de cabecera ya no aciertan á curarla.» Yo lo entretenia en mi delirio, y decia: «¿si llamará este hombre facultativos de cabecera á las sanguijuelas?» Y otro personaje vivaricho que estaba á los pies de mi cama, le replicaba: no se puede fiar la enferma á ese médico que V. dice, porque curar; la curará, pero no será conforme al sistema antillogístico.—Pues bien, reponia el

otro; el asunto es que ella sane, y mas que sea por el método del curandero de Villaseca.—No señor, no señor; que ha de ser precisamente por el sistema moderno; y sinó, me opongo á la cura.—Pues se morirá.—No se muere, no señor.—Pero hombre, ¿V. no ve que se va en sangre?—Mire V.; todo eso es salud. Y por último, *cuando ya no tenga remedio*, la nombraremos un dictador, y todo se compondrá.—Pero señor, ¿cómo se ha de componer cuando no tenga remedio?—Perfectamente: todo lo hacen tres ó cuatro acciones felices en que destruemos todos las facciones reunidas; y eso es cosa facilísima: en el momento que se ponga *uno de nosotros* á la cabeza del ejército se da una accion en que lo menos que se puede matar son doce mil enemigos; hacemos diez y ocho mil prisioneros: les cogemos toda la artillería, sin mas pérdida por nuestra parte que algun herido y media docena de contusos: repetimos esta funcion tres ó cuatro veces, tiene V. que no queda un faccioso, y la España, así desangrada y aspirante como V. la vé, sana y se robustece en cuatro dias.—Esos son delirios.—¿Delirios? Escuche V. Los hijos de Tancredo con solos quinientos infantes y selecientos caballos batieron y derrotaron el ejército del emperador Otomano compuesto de sesenta mil hombres. ¿Qué habia de suceder? El ejército del Emperador era un ejército de esclavos, y el de los Tancredos un puñado de libres, y cuando los libres quieren,

las masas absolutistas desaparecen como el humo. ¿No puso en fuga un solo Franco todo un ejército de Griegos en el sitio de Constantinopla? Pues lea V. al famoso Nicetas en la historia del emperador Alejo, y verá V. que no soy yo el que lo inventó. ¿Pues qué: ¿no ganó el emperador Arnulfo en el año 891 una victoria tan completa sobre los Normandos que de cien mil de estos no se salvó ni uno solo sin que muriese uno siquiera del partido imperial? Lea V., lea V. el libro v. de la historia del mundo de Monsieur Chevreau. Y sinó, registre V. á Plutarco, y hallará V. en la vida de Luculo, que en la batalla que este caudillo tuvo contra Tigranes, toda la caballería de este Rey, y mas de cien mil hombres de á pie fueron pasados al filo de la espada, quedando en el campo solo cinco soldados de Luculo. Y si V. lee las memorias de Sylla verá V. allí que en el combate que sostuvo este Romano en Cheronéa contra Archelío, murieron ciento y diez mil enemigos, sin mas pérdida por parte de los Romanos que doce soldados muertos. En fin, puede V. ver en Diodoto Siculo cómo en el choque que tuvieron los Lacedemonios..... Tan mal me sonó en medio de mis delirios la terminación *demonios*, que creo que di un grito desesperado diciendo: *los demonios llevarán á la España con vuestras historias, y vuestras teorías, vuestras esperanzas y vuestros delirios.* Pues *demonios*, si no habeis podido acabar con los facciosos cuando eran pocos, ¿cómo los habeis de acu-

bar ahora que son muchos?

Con el esfuerzo que hice me pareció haber despertado; pero la debilidad me obligó á delirar de nuevo, porque está visto que la falta de fuerzas es causa de mil delirios. En efecto, en mil delirios disbarró mi febricitante cerebro. Me volvió á parecer que era yo la España; y empecé á pedir alimentos para el estómago: que me traigan de comer, me dicen ahora que clamaba yo entonces: que me traigan cosas sólidas, y de buen mantener; venga una cazuela de buena ternera, darme un pabo asado, un salmon entero, un lago de anguilas, un bando de perdices, y cuantas aves, peces y cuadrúpedos quedaron por consumir en las bodas de Camacho, que quiero engullírmelo todo aunque sea crudo, y antes de escamar, pelar y desollar, del mismo modo que se me ha dado las reformas; que no hay mejor ocasion de tragárlas todas, que cuando no se pueden digerir.

Y me parecia estar viendo una porcion de personajes que tenian las bocas en los codos; al menos por ellos parecia que hablaban; todos decian, *reconciliacion, reconciliacion*, y les contestaban otros, que tambien hablaban por los codos, *reconciliacion, reconciliacion*; y observé que los unos traian escritas en los corazones estas palabras; *no hay que transigir*; y que los otros dejaban asomar por debajo de unas bufandas unas puntas triangulares de acero; y yo que era la España me iba

hundiendo, hundiendo, hundiendo, y despeñándome; entonces dije: ¿si? há malditos: pues vosotros teneis la culpa; yo os compondré: me volví á convertir en Fr. Gerundio, me levanto, echo mano á la capilla, y empiezo á sacudir á unos y á otros, y á gritar: condenados, yo os reconciliaré de veras: aquí no hay mas ley que una; callar los picos, y adelante con ella, y al que chille por otra cosa, de un capillozo le echo al otro barrio: ¿no soy yo el dictador?

Al verme Tirabeque dar por las paredes repartiendo capilladas, con el gorro blanco de dormir, con el pecho ensangrentado, las sanguijuelas rebentadas á los pies, la peluca colgada del bolinche de la cama, la camisa con un giron hacia la parte del ocaso, la venda de la sangria colgando de un brazo como un manipulo, y la capilla en la otra mano, lleva la cara del polvo que con ella habia levantado, acudió corriendo (segun dice) á cogeme, me sujetó á tiempo que el frio me iba despejando del delirio, y preguntandome que era lo que parecia estarme pasando, le contesté ya en mi juicio al parecer cabal: estaba reconciliando los partidos á capilladas, hecho todo un dictador, porque me tienen incomodado sus delirios. ¡Ah señor! me respondió; me parece que el pensar en conseguirlo es otro delirio.—En efecto, Tirabeque, todos son delirios, pero el modo de sujetar esta gente créete que es remedar un delirante, y hacerlos entrar en regla á capilladas.

Ki kiri kiiiiiii.

Si hemos de hablar con franqueza, unos y otros, estos es, carlistas y liberales, contábamos con que otro gallo nos cantara en la noche buena de este año: unos y otros teníamos esperanzas, y unos y otros vemos que es el mismo gallo el que nos canta. Para lo bien que lo hace el maldito, mas valia caparlo. Al fin los carlistas conocen su gallo; pero los liberales ni aun siquiera sabemos quien es el gallo nuestro. Quien quiera que él sea, debe ser verdadero gallo de la pasion.

Este año le ha dado la gana al animalito de no cantar en la noche buena, porque la misa del gallo no puede ser el año 57 en la mañana mala de la noche buena, según el rito eclesiástico, por causa de no poder celebrarse la vigilia de Natividad el domingo, y así tiene que observarse el ayuno y con él la colacion llamada de noche buena el sábado. Sin embargo, yo aseguro que para muchos gallos y muchas gallinas la noche buena será noche de gallo, y la misa del gallo será otra noche buena: una y otra serán noches de *ensalada* y de *castañazos*; acaso mas de cuatro se meterán por el turrón, y sabe Dios, si se les indigesta, cuando lo echarán del cuerpo.

La noche buena es la noche del solaz, la noche de la reunion de las familias y de los amigos; la noche de olvidar que estamos en guerra civil. La memoria de las balas debe borrarse con la presencia de las almendras, el recuerdo de las bombas con la vista de los cogollos de brocul; la idea de los fusiles con el manejo de las botellas; la de los obuses y morteros con el de las copas y anchurosos vasos. Nadie debe acordarse de mas lanzas que los tenedores, ni de mas sables ni espadas, que el cuchillo con que el padre de familias hace las raciones de turrón, dividiendo el uno blanda y facilmente, y teniendo que recurrir para partir el otro á la mano del almirez ó á la paleta del brasero. Lo que se aumenta esta noche son los partidos; porque uno dice, yo quiero del de fruta; el otro, á mí deme V. del de almendra; el otro, á mí me gusta el de Alicante, y el de mas allí, para mí no hay como el de nieve; y nunca falta uno que diga: tomaré de todo, porque todo me gusta igualmente; y á este le suelen seguir los demas, y el resultado es que todos comen de todo, y los partidos vienen á unirse. Tambien se uniran los partidos políticos si para todos hubiera turrón; pero es el caso que no alcanza el turrón mas que para uno, y toda la dificultad está *en quien ha de comer el turrón*, y para quien ha de ser noche buena; hé aqui el *busilis* del pleito.

La sangre que corre por los campos de batalla de las mesas esta noche es el espeso almívar

en que se bañan las peras; y los prisioneros y pasados son las finezas que se cruzan de una á otra fila, de una á otra ala de las divisiones manducantes. Por supuesto que no sería una colacion española, si despues de todo y por remate no se presentase una ó dos grandes fuentes de castañas tostadas ó cocidas, segun el gusto de los consumidores, ó bien de uno y otro modo *per troppo variare*; porque las castañas son á la colacion de Navidad en España lo que los palos á los sainetes antiguos y á las romerías, lo que la cola á la zorra, lo que los sarcasmos á los discursos del diputado extremeño Gallardo. A mí, Fr. Gerundio, me gustan mas las castañas asadas que las cocidas, porque estas son para mí como los bienes en administración para el gobierno; por mas que las estrujo, la mitad se me queda pegada al hollejo ó monda.

Concluida la cena (porque á la verdad, aunque la llaman la colacion, es una colacion nominal como las pagas nuestrás), suele darse principio al fuego de guerrillas. Entre las gentes de no muy esmerada educación se empieza por arrojarse á escondidillas apuntando á las narices una pellejita de castaña, ó una bolita de pan: el herido suele corresponder con otra bolita un poco mas abultada, ó con una almendra entera que acaso divisó debajo de la cornisa de un plato, pero todavia poniéndose serio y haciéndose el disimulado. Mas habiendo acertado á otro en la mismita barba, es-

te ya no se anda en chiquillas, y arroja una castaña entera, el otro tira un mendrugo de pan, la guerrilla se despliega enteramente y el resultado suele ser romper una botella que estaba todavía mediada, manchar los manteles de vinazo, lastimarse en un ojo, formalizarse la cosa, y concluir con una seria reprimenda del padre de familias, y con otro tanto brusco de parte de los guerrilleros. A fé que no sé cuando he de conseguir, yo Fray Gerundio, ver desterradas tan brutales fiestas de las mesas españolas.

Entre las gentes mas finas tambien suele concluir la colacion con tiroteo de guerrillas, pero son guerrillas de gente de plaza mayor: es un fuego á discrecion de cuartetos, décimas ó redondillas, que hieren agradablemente; y aunque la reserva éntre á la bayoneta se recibe la carga con serenidad, y quanto mas derechas á la tetilla vayan las puntas, mas gustosa es la picada, mas se celebra y se rie. En fin; cada reunion segun sus gustos y sus diversiones da de mano en tal noche á las ideas tristes de la guerra, olvida por aquellos momentos el cúmulo de males que nos abruman, y tiene una noche buena al año.

Leido hasta aqui este artículo, no dudo que habrán experimentado algunos lectores cierta sensacion agradable y risueña, y que por un instante se habrán gozado de la alegre descripcion de la noche buena; quizá habrán creído que es verdadero y natural el cuadro festi-

vo que acaba de delinearles Fr. Gerundio; hé aquí el efecto momentáneo de las pinturas y de las bellas teorías, *la ilusion*. Pero ¿qué dirán ahora si volviendo, como suele decirse, la tortilla, les dice este mismo Fr. Gerundio que la noche que llamamos buena es la noche mas mala de todo el año? ¡Ojalá no fuese así! Mas ¡ay! ¿Qué familia habrá que en esta noche mas que en cualquiera otra, que en esta noche que la religion, la educacion, la costumbre consagran diez y nueve siglos há al placer de reunirse los parientes y amigos mas allegados en derredor de una mesa, ¿qué familia habrá que no lloré al triste y desconsolado recuerdo del hijo que pereció en el campo de batalla, del hermano que asesinó bárbaramente la faccion, del padre que gime en la miseria y la desnudez prisionero de los vándalos, del esposo que está padeciendo en un hospital militar, del amante que perdió la pierna ó el brazo, del amigo que hacía las delicias de la familia, y hoy corre los riesgos, de la guerra, de la fortuna que le arrebataron los vándalos de la falta de pagas que constituian su único haber, y hoy no la permite poner una triste ensalada con que celebrar la noche buena, que quizá no la ha dejado una pobre cama en que dormir? Ah! siempre desconsuelan estos crueles recuerdos, estos males que acaso no hay una familia española que no experimente! Pero en la noche buena atormentán, puuzan con mas viveza y mas dolor, y la convierten en la noche mas cruel y

tormentosa de todo el año! Hé aquí los efectos de la ambicion desmesurada de un hombre, de la crueldad y tenacidad de sus secuaces, y de nuestras locuras!!!

